

XXIII SEMANA EUROPEA

2 a 10 de Mayo de 2013



EL DIA DE EUROPA

Commemoración del sexagésimo tercer aniversario de
la Declaración de 9 de mayo de 1950

Profesor José-María Casado Raigón
Director del Centro de
Documentación y Estudios Europeos
Catedrático Jean Monnet de
Economía de la Unión Europea

Facultad de Derecho y Ciencias
Económicas y Empresariales
Universidad de Córdoba



EL DÍA DE EUROPA

Commemoración del sexagésimo tercer aniversario de la Declaración de 9 de mayo de 1950

2

Tan sólo unos años después de enfrentarse en dos guerras civiles durante la primera mitad del pasado siglo XX, los pueblos de Europa -liderados por franceses y alemanes- fueron capaces de ponerse de acuerdo para crear el germen de la actual Unión Europea. Tras estas dos grandes guerras llamadas mundiales, pero especialmente europeas, empezó a tomarse conciencia de la necesidad de un acercamiento intraeuropeo, frente a la ola de nacionalismos que se extendía por Europa, con los más negros presagios.

Y un día como hoy, de hace sesenta y tres años, el 9 de mayo de 1950, una Declaración en favor del mutuo entendimiento entre vencedores y vencidos de estas cruentas guerras, va a cambiar por completo el rumbo de la Vieja Europa.

La Declaración pronunciada por Robert Shumann e inspirada en las ideas de Jean Monnet, contenía los elementos básicos que más tarde y con un enfoque global va a permitir ir completando la Unión Europea actual: creación de un mercado común con libre circulación de mercancías, servicios, personas y capitales y, en el horizonte próximo, construir, con todas sus dimensiones, una Federación de Estados Europeos.



La Declaración de 9 de mayo de 1950 no se concibió como un fin en sí mismo, pues los estadistas europeos, al crear la primera comunidad -la CECA-, trataban de trazar una senda pragmática y gradual, por la cual caminar en pos de un horizonte más lejano y de mayor trascendencia: la unión política europea a través de su previa integración económica.

3

En la actualidad, cuando Europa sufre por doquier serios problemas económicos, afloran conflictos de intereses entre los EE.MM. debidos, en unos casos, al diferente ritmo que cada Estado quiere imprimir al proceso de integración, y, en otros, a la diferente gravedad de los problemas derivados del propio proceso de integración -choques asimétricos-, cuyas consecuencias pueden ser bien diferentes para unas economías u otras. En este segundo caso aparecen las divergencias de intereses entre los llamados países del Norte y del Sur.

Para los españoles se trata de superar, todos juntos, una crisis que además de económica es política, de instituciones y añadiría que, sobre todo de valores... y de conocimiento de nuestra propia constitución y de nuestra propia historia nacional y europea.

Como en los juegos de suma cero, la Unión Europea trata de alcanzar una situación en la que la ganancia o pérdida de un Estado Miembro se equilibra con las pérdidas o ganancias de los demás Estados Miembros. Ciertamente la cuestión es más compleja en el caso de la integración



económica que en de la teoría de los juegos clásica. Primero, porque incluye dimensiones que no son estrictamente económicas y difícilmente mensurables como la social o la política y, segundo, porque el término suma cero procede de la teoría de los juegos no-cooperativos. En todo caso, podemos establecer una semejanza o identidad general cuando utilizamos de manera vulgar el concepto de *juego de suma cero* para establecer un cierto paralelismo con el proceso de distribución de beneficios y costes en la Unión Europea.

4

Es evidente que un proceso de integración económica -y política y social- como el que lleva a cabo la Unión Europea, compromete cada vez más la soberanía nacional -moneda, hacienda y defensa, básicamente- y los gobiernos y ciudadanos se sienten cada vez más desprovistos de sus antiguos ropajes. En ese nuevo escenario afloran viejas y tristes figuras que, dejados llevar por la posición más cómoda e individualista, podemos clasificar en dos apartados. El primero, formado por aquellos que expresan su supuesta o real contrariedad de manera individual o grupal. Son los llamados, benévola y eufemísticamente, euroescépticos. Tratan de minar el proceso de integración porque, salvo en contadas y respetables excepciones, representan grupos de ignorantes o grupos de interés, que no contribuyen al necesario debate europeo con sus aportaciones. Todo es negado por ellos, nada reconocido.

El segundo grupo, más preocupante y organizado, es el integrado por aquellos que se manifiestan siempre de manera grupal. Son los



nacionalistas y populistas que, en un escenario como el europeo que atraviesa lógicas y cíclicas dificultades, tratan de obtener ganancias con su discurso trasnochado y antediluviano a través del que reclutan, en muchos casos, a ignorantes y a algún que otro euroescéptico de corte nacionalista.

5

Se trata, en este segundo caso, de grupos con intereses predeterminados y tendenciosos que juegan con los intereses de algunos ciudadanos y sacan provecho de un discurso simple y monolítico, ajeno al tiempo y al espacio. Un discurso que alienta una emoción primaria -y *cuasi* tribal-, más allá de la solidaridad, que debe primar sobre el egoísmo.

La vuelta del nacionalismo y la xenofobia es una señal de la debilidad europea. Y eso ha ocurrido en Europa desde el comienzo de la crisis en el año 2008.

En todo caso, la situación actual debe servir de señal de alerta, y urge abrir nuevos ámbitos que alienten esperanzas concretas y perceptibles, al tiempo que se van liquidando algunas ineficiencias. El avance de la desconfianza en la Unión Europea, y de un cierto euroescepticismo, se ha extendido por todo el continente, y no sólo si nos referimos a sus cuatro puntos cardinales, sino también a cualesquiera que sea su posición en los dos lados del mercado, bien como acreedores ó como deudores.



Por su parte, los acreedores, se resisten a asumir la responsabilidad de las deudas de otros -mutualizar la deuda- sin tener a su disposición unos mecanismos para controlar el gasto. De otro lado, los deudores, se sienten víctimas y llegan a culpar a los acreedores. Es verdad que, dada la diferente situación en la que se encuentran unos y otros -acreedores y deudores ó Norte y Sur-, los pactos y exigencias de reformas por parte de las instituciones europeas están afectando los controles soberanos de determinados países -principalmente del Sur- sobre ámbitos como los impuestos, las pensiones, los salarios, el mercado de trabajo, etc.

Esa Europa asimétrica y con doble velocidad contempla la expansión del populismo y la desafección del proyecto europeo de sus ciudadanos y, al no contar, por el momento, con un sistema político propio y genuinamente europeo no puede proporcionar soluciones, ni compensar los fallos de las democracias de sus EE.MM. Esas limitaciones de gobernanza europea perjudican la propia imagen de la Unión, tanto interna como externamente y, simultáneamente, en el propio proceso de integración se genera un círculo vicioso ó causalidad circular donde el efecto influye en su propia causa. Es decir, mayor necesidad de integración con la misma capacidad y gobernanza común desemboca en dificultades infranqueables. La consecuencia inmediata de este choque en los niveles de decisión democrática -nacional y supranacional- es una salida al euroescepticismo, al populismo, al nacionalismo ó la simple desafección ciudadana.



En suma, la confianza en el proyecto europeo ha disminuido significativamente, habiéndose producido un fuerte cambio de tendencia que es menor, en general, en los países del Norte que en los países del Sur con valores que han alcanzado en alguno de estos últimos hasta los cincuenta puntos, como señalan los últimos datos del Eurobarómetro. En términos generales esta situación no es nueva, y siempre que se ha producido una crisis económica generalizada, ha tenido lugar paralelamente un avance de lo que podríamos llamar *desilusión europea* y, simultáneamente, un *impasse* en la marcha del proceso de integración, en la medida en que los EE.MM vuelven su mirada hacia su propia situación interna.

7

A pesar del desequilibrio existente entre las dimensiones económicas y políticas de la integración europea -se ha afirmado con reiteración que la Unión es un gigante económico y un enano político-, y mientras tienen lugar los avances hacia la gobernanza económica europea que complete la ya existente gobernanza monetaria -representada por el Banco Central Europeo y el Sistema Europeo de Bancos Centrales-, la Unión Europea debe profundizar en determinados ámbitos y encarar otros nuevos que contribuyan a encontrar un sentimiento común en toda la Unión. Podríamos destacar algunos de ellos:

En primer lugar, las crisis económicas han revelado que la solidaridad europea se pone a prueba cada vez que una nueva crisis aparece. Por ello, habrá que encontrar soluciones que no se encuentren solo en las claves



del mercado, que sean menos materiales, y se trate más bien de ideas que despierten emoción y comportan símbolos y objetivos que promuevan el apego y la solidaridad.

En segundo lugar, urge abrir definitivamente la puerta a la democracia. La U.E. es una democracia imperfecta con fuerte desequilibrio institucional a favor del poder intergubernamental frente al comunitario o supranacional. Se necesita un nuevo reparto de competencias a nivel interinstitucional que haga posible que los acuerdos y avances se produzcan más allá de la economía, con compromisos jurídicos que los hagan democráticos.

En tercer lugar, una crisis de este calado -la mayor en Europa desde los años treinta-, con salida todavía imprevisible, no termina de ser interpretada en su justa dimensión. Porque estamos ante un cambio de paradigmas, ante un nuevo modelo a nivel europeo y global, y ha de ser precisamente ese cambio el que brinde la oportunidad, a escala europea, de un impulso definitivamente integrador, que ha de nacer de la necesidad de sostener todo el edificio europeo.

Me refiero a que, como todo el mundo sabe, la actual arquitectura de gobernanza económica de la U.E. es manifiestamente mejorable, lo que en nada favorece la gestión de la crisis. Es necesario un liderazgo más claro del proceso de construcción económica europea, incrementando el papel



y los grados de libertad atribuidos a los órganos comunitarios, especialmente al Banco Central Europeo, la Presidencia del Eurogrupo, la Comisión Europea y a los instrumentos financieros comunitarios, con objeto de agilizar los procesos de toma de decisiones en la gestión de la crisis económica, que ahora está contribuyendo grandemente a la desafección ciudadana.

En cuarto lugar, esa desafección ciudadana debe evitarse mediante un gran debate sobre los próximos pasos a seguir por la integración europea: la unión bancaria y la unión fiscal, así como un serio análisis acerca del modelo de unión política para Europa. Para esa importante discusión se requiere una mayor participación ciudadana que evite la progresiva desafección.

En quinto lugar, Europa es hoy un conjunto de veintisiete países que se han conjurado para lograr el gran proyecto de unión política, con la previa creación de un gran mercado interior. Para lograr un lugar en el escenario internacional en un mundo que tiende hacia una cierta multipolaridad -EE.UU, China, Rusia y otros-, además de una gran zona de libre comercio, Europa necesita una política exterior y de defensa comunes. El futuro de Europa está, pues, más allá de las meras relaciones transatlánticas y del logro de un mercado interior como quisieran algunos.



Sin embargo, las visiones de los grandes países europeos son distintas y crecen los desencuentros: Unos pretenden imponer sus planes a los otros, lo que retrasa la consecución del deseado equilibrio. Y lo que es peor, estos otros castigados duramente por la crisis, quedan fuera de la lucha para encontrar el modelo común.

En sexto lugar, si Europa no cambia drásticamente su forma de relacionarse con sus Estados Miembros y sus ciudadanos, el populismo anti-UE se irá extendiendo, principalmente durante los inevitables periodos de crisis del modelo económico de mercado que hemos asumido. La ausencia de un debate en torno a las ideas y a las respectivas visiones sobre el proyecto europeo ha favorecido la existencia de un círculo vicioso que va desde el populismo antieuropeo a la adopción de acuerdos tecnocráticos entre los Estados Miembros que tratan de huir de un verdadero debate ciudadano.

En séptimo lugar, se ha debatido mucho acerca de si esta crisis es exclusivamente económica y financiera ó, por el contrario, contiene una clara dimensión moral y, también es una crisis de valores. Creemos en la segunda interpretación si bien teniendo en cuenta que el problema es la moralidad de los sistemas, no de las personas. En términos morales hay que analizar, sobre todo, las cosas que son producto ó resultado de organizaciones económicas sistémicas, y no buscar fáciles explicaciones a los hechos básicos con argumentos de moralidad individual.



El problema de la moralidad se encuentra en la naturaleza del sistema y las soluciones han de venir a través de cambios en el modelo seguido. En el caso que nos ocupa, éstos han de producirse en el modelo de integración económica, en sus incentivos y en sus estructuras institucionales.

11

No cabe duda que existe una cuestión moral que ha de ser tratada, pero por encima de la moral individual católica de unos ó calvinista de otros, debería enfocarse como una cuestión social, de moralidad social, de la forma en que funcionan las instituciones, y no acerca de la moralidad personal de los individuos que, en todo caso, vendrá determinada por aquella.

En el caso de la educación, por ejemplo, conviene valorar el camino que se sigue, a menudo, por la moral del sistema. Es muy fácil hacer de la educación parte de ese sistema que no cambia las cosas, sino que reproduce las jerarquías y dependencias. Lo difícil y al mismo tiempo, interesante es hacer algo que dé más fuerza a la gente, que cambie la sociedad, que haga que el futuro sea diferente.

En octavo y último lugar, son necesarias iniciativas que trasciendan del marco de las naciones y las nacionalidades. La creación de nuevas organizaciones comunes a escala europea son el mejor síntoma de unidad y la mejor manera de no alimentar banderas ni rivalidades.



El logro de una lengua común sería una solución: una *lingua franca* europea sería el mejor instrumento para lograr con rapidez sensibilidades y sentimientos comunes. Pero la cruda realidad impide soñar a corto y medio plazo con este vehículo de unión, aunque es posible trazar caminos para derribar poco a poco las barreras que nos separan, aunque haya que recorrerlos de manera itinerante.

12

Para finalizar, podemos concluir diciendo que, en la actualidad, la Unión Europea necesita cubrir su actual falta de liderazgo político y deberá afrontar un presupuesto de Estabilización, bien gestionado, no burocrático y con la mirada puesta en el horizonte político de la Unión.

A pesar de agoreros y aguafiestas el logro de un espacio económico, social y político europeo en el que sea posible el reparto de los beneficios de la integración a todos los niveles y se minimicen los perjuicios, no es una tarea imposible como se ha venido demostrando a lo largo de los sesenta y tres años de existencia de la Unión.

Puede que algunos líderes de determinados EE.MM hayan iniciado, desde el comienzo de la crisis económica, un viaje a ninguna parte con su errática contribución al proceso de integración europea, pero de lo que estoy seguro es de que, Europa, como proyecto político y de convivencia en paz y bienestar, el proyecto más apasionante y duradero de cuantos han emprendido y vivido los pueblos del Viejo Continente a lo largo de su



historia, contiene en su matriz -la que ha ido formando a lo largo de estos sesenta y tres años de historia inmediata-, los mecanismos que le permitirán flotar para siempre entre los cuatro mares que la circundan.

13

Hoy, transcurridos sesenta y tres años desde su creación, el proyecto de una Federación de Estados Europeos sigue comprometido y vivo.